

# LOS OTROS DEFENSORES: ECOS DE UNA EPOPEYA

Elisa García Barragán

No hay que olvidar nunca que México no puede ofrecer ante el mundo como algo universalmente valioso, sino su arte, su arte indígena, su arte colonial, su pintura moderna. . .

Francisco de la Maza

Llamados como éste para una toma de conciencia frente a nuestro menguado patrimonio cultural, legado que coloca a México en un lugar preponderante dentro de la cultura universal, han sido reiterados por ilustres conocedores y amantes del arte sobre todo a partir de la pasada centuria. Se puede decir sin exageraciones que las más veces ese angustioso reclamo ha corrido la misma suerte de la "voz que clama en el desierto". Pese a ello, por fortuna, las protestas en defensa de ese acervo patrimonial no cesan.

En ocasiones, las autoridades gubernamentales pertinentes, al atender a esas quejas, han propiciado el desborde de opiniones por un prurito de respeto y afán de conocer a fondo las calidades de los monumentos en peligro, para no actuar arbitrariamente al decidir acerca de su suerte. Cabe aclarar que esa actitud no se presenta como la más usual, pese a que debiera de haber una situación de concordia y una aproximación constantes entre los estudiosos del arte y los órganos del gobierno encargados de la preservación de todo aquello que forma parte de nuestros valores nacionales.

Como ejemplo de lo que ese concierto puede lograr, considero pertinente aludir a algunas acciones de salvamento y resguardo llevadas a cabo ya en los albores de este siglo, en beneficio de múltiples construcciones en peligro. Una de las primeras fue la iglesia de La Enseñanza, ahora debidamente restaurada, joyelero que alberga hermosos retablos, constancia de la magnificencia de nuestro arte barroco.

A principios de 1906, se decidió ampliar el Palacio de Justicia, para lo cual era necesario demoler la citada iglesia; como tal medida era drástica y delicada, la Secretaría de Hacienda pidió a la de Instrucción Pública su opinión acerca del valor de esa edificación; a su vez esta Secretaría, ante la gravedad del asunto, solicitó del Consejo Consultivo de Edificios Públicos —fundado a principios de siglo por colaboradores del presidente Porfirio Díaz—, integrado por los arquitectos Antonio Rivas Mercado, Nicolás Mariscal y Guillermo Heredia, que hiciera un peritaje sobre la historia y valor artístico de ese edificio. El dictamen rendido por el Consejo Consulti-

vo salvó de la destrucción a La Enseñanza. Las secretarías involucradas en el asunto actuaron con gran reserva. Pese a tal ocultamiento, el periódico *El Imparcial* del 13 de febrero aludió con júbilo el atinado juicio del Consejo Consultivo y la actitud receptiva y honesta de las autoridades ante el veredicto que salvaba tan preciada obra de arte. El anónimo autor de ese relevante artículo, terminaba su escrito afirmando que el Presidente de la República, en vista de las "sesudas consideraciones" del Consejo, había ordenado que se respetara el templo y además lo ponía bajo custodia del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Con motivo de la entrega de La Enseñanza a ese ministerio, el doctor Alfonso Pruneda, jefe de la sección de Instrucción profesional, ordenó un minucioso inventario que incluía pinturas, alhajas y cuantos objetos de arte pertenecían a La Enseñanza. El doctor Pruneda fue más allá en su celo por cuidar la iglesia, mandó hacer un enverjado de hierro, para sustituir "el horrible y pesado arco que oculta la bella fachada plateresca (sic) del templo".

El reportero de *El Imparcial* informó día a día lo ocurrido en torno a tal cuestión, haciéndose eco del parecer de algunos interesados en el arte colonial. Es hasta el 23 de febrero que una voz especializada, la de Manuel G. Revilla, se deja oír en el mismo diario. Revilla felicitaba al gobierno por su respetuosa determinación, y hacía hincapié en la valía del templo de La Enseñanza, "único ejemplo completo del arte barroco, espléndida manifestación artístico-religiosa de los tiempos coloniales". El historiador y crítico de arte aprovechó la ocasión para citar las mutilaciones que otras iglesias y sus altares habían sufrido, al mismo tiempo que hacía votos para que el gobierno de la República siguiera manifestando igual interés por preservar la obra artística de la colonia:

. . . por pertenecer esas construcciones a una escuela de arquitectura ya desaparecida, extinguida acaso para no volver más. . . edificios que le valieron a la Ciudad de México, el dictado lisonjero de Ciudad de los Palacios.

Durante 1906, la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, encargada de atender a la conservación de los monumentos tanto prehispánicos como coloniales, desarrolló una gran actividad en ese campo; su titular, don Justo Sierra, se apoyó en el ya mencionado Consejo, para lograr mejores re-

sultados en su tarea de salvaguarda, actividad en la que también fueron apuntalados por la presión ejercida por la prensa periódica, la cual se ocupó de llamar la atención pública hacia esos menesteres elogiando los triunfos, o bien notificando atentados contra el patrimonio virreinal sin olvidar dar detalles también en el caso de monumentos degradados por el paso del tiempo.

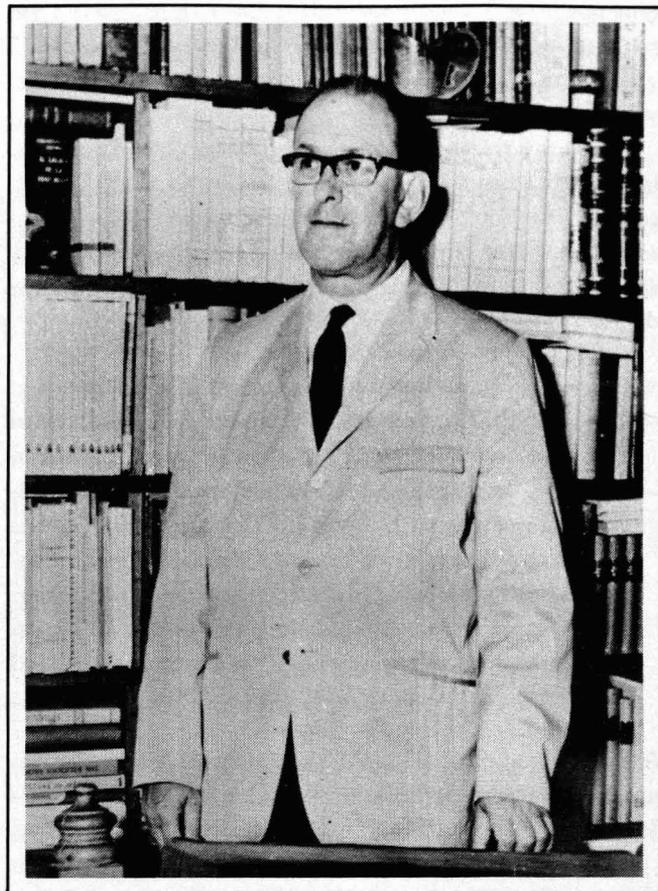
Así el celoso y anónimo redactor de *El Imparcial*, el 9 de enero de 1906, bajo el encabezado "Reparaciones en la Preparatoria", avisaba: "Con actividad se prosiguen los trabajos de reparación del antiguo e histórico edificio que estápreciado como una joya de la arquitectura española". Por su parte *El Mundo*, el 22 de enero, con inquietud comentaba: "Limpieza de los templos; destrucción de piezas antiguas". ¿A qué se debía tal limpieza? Meses atrás, con motivo de la epidemia de tifo, el Consejo Superior de Salud había ordenado el aseo y desinfección de los templos de la capital; aprovechando esa benéfica medida, algunos depredadores empezaron a transformar y destruir los interiores de las iglesias, esgrimiendo el argumento de modernizar esos establecimientos; amparados en la ignorancia de los tenedores, se apoderaron, con fines lucrativos, de sus obras de arte.

Ante los cambios y el abuso que en el procedimiento de limpieza hicieran las autoridades eclesiásticas para transformar los recintos en su poder, la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes consideró oportuno levantar el censo de los monumentos de todo el país, por lo cual solicitó a los gobiernos de los estados que enviaran noticia oficial de los monumentos que se encontraran en su jurisdicción, con el fin de formar un catálogo cabal que proporcionara un mayor conocimiento del patrimonio artístico de la República. Así, según *El Mundo* del 23 de enero, el estado de Chihuahua, uno de los primeros en obedecer tal mandato, notificaba:

La Catedral, el Palacio de Gobierno, el Acueducto, el monumento a Hidalgo, el Teatro de los Héroes, la casa que habitó el Benemérito de las Américas, la prisión de Hidalgo, el templo de San Francisco y otros más. El estado de Chihuahua cuenta con innumerables obras de arte, con edificios notables por su grandiosidad.

Desafortunadamente, la prensa no da cuenta de los informes rendidos por los demás estados. Sería de gran interés rastrear dónde se hallan archivados esos datos, que bien pudieran conformar el veraz repertorio de lo que, tan sólo en este siglo, ha perdido México. A través de la escasa información que en este sentido tenemos, se sabe que en los primeros meses de 1906, el afán de modernidad, de seguir modas extranjerizantes, arrasó con muchos de los retablos barrocos que respetó el gusto neoclásico, verdugo de fachadas y retablos coloniales, para dar paso a "elegantes altares de estilo bizantino". En la ciudad de México tal boga se inició en el Sagrario Metropolitano y a ella no se sustrajeron otros templos de la capital ni, por supuesto, de los estados. Dolido y burlón, Manuel Revilla afirmaba:

La Santa Veracruz de Toluca y San José y el Carmen de México, deben mencionarse por haber dado también oca-



Dr. Justino Fernández

sión para las novedades en uso. Su decorado tenía que ser naturalmente *bizantino* pues no pueden inventar ya otra cosa nuestros decoradores de tercero y cuarto orden. De seguir adelante el espíritu innovador, la propia Catedral de México, admirable en su misma desnudez, no se verá inmune de *bizantinizarse*, ni se dejará de atentar contra sus soberbios retablos del Altar de los Reyes y del Perdón, incomparables joyas del más acabado churriguera. No todo admite reforma y bien es conservar o restaurar lo poco bueno o antiguo que se tenga.

Ni los escritos de Revilla ni la actividad del Consejo Consultivo de Edificios Públicos ~~si~~ *si* ~~vieron~~ *vieron* para detener el vandalismo contra el arte colonial. En más de una pequeña nota, *El Imparcial* seguía atendiendo a tan penoso acaecer; por ejemplo, el 1o. de marzo de 1906 advertía: "El México Colonial Desaparece":

Tres grandes fincas de la época colonial situadas en el corazón de la ciudad, están siendo derribadas. Una en la calle de Tiburcio, otra en la de la Cadena y la última en la del Águila. Ésta llamaba la atención de los extranjeros por sus curiosos detalles arquitectónicos. Llevaba en su fachada unos tableros con casetones simétricos; a guisa de ménsulas unos mascarones de piedra y en el cornisamento varias almenillas. El remate consistía en un nicho churrigueresco rematado por una cruz.

A pesar de la eficacia del Consejo la fiebre de demoliciones no podía ser controlada. *El Imparcial* del 30 de marzo lamen-

taba que otras "dos casonas" de la época de la dominación española estuvieran a punto de desaparecer, los números "5 y 10 de la Calle de la Academia, antigua habitación de mayorazgos y títulos eminentes de la Nueva España".

Ante esa irrefrenable ola de destrucciones, el gobierno de la República insistió en la necesidad de poner alto a tales ultrajes contra el arte virreinal. La preocupación del presidente Porfirio Díaz por tan constantes e irreparables daños, y su expreso deseo de detenerlos, está patente en su informe de 1906:

Con el objeto de atender a la conservación y reparación de los monumentos históricos, se dirigió una circular a los gobernadores de los estados para pedirles que remitieran noticias pormenorizadas cuanto fuera posible, de los referidos monumentos existentes en dichos estados. Muchos los han remitido ya y con la mira de saber qué monumentos tienen el carácter de históricos o artísticos; siendo dignos de conservarse, se acaba de nombrar una Comisión de Arquitectos que examinen los que existen en la ciudad de México (*El Imparcial*, 2 de abril de 1906).

A la inquietud presidencial se sumaron los intelectuales, los poetas, los artistas, entre otros, el poeta de vanguardia José Juan Tablada; en *El Mundo* del 16 de abril, en su gustada columna "La Semana", de manera cruda y horrorizada, platica su indignación después de un recorrido por varias iglesias de la ciudad de México:

Penetré al templo. . . alcé los ojos, y al ver luces eléctricas, que atomizaban su luz cruda en la nave anchurosa, creí estar en una estación de ferrocarril. Fijé la vista en los muros estucados de blanco como una sala de cirugía y vi sobre ellos, alejándose en la perspectiva, las escenas del Vía Crucis en cromos alemanes brutalmente coloridos.

. . . Lanzado en ese camino de descubrimientos y sorpresas, observé un confesionario de talla maravillosa, pintado y barnizado como un ropero de la Canoa. . .

Hubo un tiempo en que por extrañamiento que parezca, México tuvo un arte. Sus obras que no se improvisaban entre la fiebre de un lucero ávido o de un industrialismo sin escrúpulos, llevaban todos el reflejo de un alma y la intensidad de un pensamiento. . .

Hoy en las iglesias de México que ha barrido una tempestad de mal gusto, se nota día a día la ausencia progresiva de ese tesoro. . . y los altares de rocalla de oro, y los muebles tallados y los tapices de Flandes ¿dónde están? En Boston, en Chicago, en la casa de cualquier salador de petróleo o explotador de las minas de cerdo. . . en el *hall* de cualquier millonario las mesas capitulares se cubren como por encanto de *Manhattan cocktail*. . . y no agrego más pues con lo dicho tengo bastante para sentirme confundido.

No hay duda de que la singularidad de cada cultura viene a ser sustituida por formas nuevas. Tablada estaba viviendo ese momento en que "el gusto" se aliaba a otras modas, "modernas", y "se ayankaba". Las modificaciones se daban fren-

te a la apatía de autoridades y la ausencia de una continua vigilancia social. El escritor estaba seguro —y con razón— de que todos esos sacrílegos saqueos y todos los absurdos cambios que padecían las iglesias se debían al descuido imperdonable, a la incultura y negligencia de las cabezas clericales.

Todo el año de 1906 el Consejo Consultivo continuó actuando atinadamente con ética y profesionalismo; al *Imparcial* gonfalonero en las tareas de notificar actos vandálicos contra obras artísticas, se unieron más publicaciones periódicas: *El Mundo*, *El Tiempo*, *El Arte y la Ciencia*. Sin embargo, en el México finisecular se empezaba a gestar un clima de discordia e inquietud y otros problemas adquirirían prioridad, por lo cual en 1907 la prensa, aunque no olvida del todo su labor

## EL CIPRES DE CATEDRAL

Por D. MANUEL ROMERO DE TERREROS, C. de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando

de denuncia y vigilancia, por razón natural fijará su atención en otros tópicos de más "actualidad".

¿Qué pasó con el Consejo Consultivo de Edificios? ¿Cuándo se soslayó su actividad? No tenemos información al respecto. Por fortuna para México, nunca han faltado quienes con la suficiente autoridad moral se preocupen por el amparo de sus bienes patrimoniales.

El movimiento revolucionario de 1910, desde su gestación hasta sus postrimerías, abrió un paréntesis en esa vigilancia. La cruenta lucha dejó por todo el país un saldo de mutilaciones y aniquilamientos. ¡Qué bien describe Ramón López Velarde la desolación de las agredidas poblaciones en unos cuantos versos de su poema "El retorno maléfico"!:

Mejor será no regresar al pueblo,  
al edén subvertido que se calla  
en la mutilación de la metralla.

Hasta los fresnos mancos,  
los dignatarios de cúpula oronda,  
han de rodar las quejas de la torre  
acribillada en los vientos de la fronda.

Y la fusilería grabó en la cal  
de todas las paredes  
de la aldea espectral  
negros y aciagos mapas.

Tan patética narración describe lo sucedido más allá de la sola ciudad de Jerez, y es referencia de lo que acaeció en toda la República. Iglesias, conventos, casonas, agredidos y trastocados sus usos, vieron idas sus prístinas calidades. El aban-

dono y las soledades albergaron su degradación, pero por fortuna muchos de esos despojos vivos, aún testimonio de la vitalidad de las culturas que los crearon, esperarían a que cesara la indiferencia del mexicano frente a su total aniquilamiento.

Las generaciones de la posguerra, dispuestas a dar renovados fundamentos a la nación, se ocuparían de la tarea de rescate y restauración de la entonces todavía rica herencia cultural. En esa labor empezaba a descollar Manuel Toussaint, quien tempranamente mostraba que su vocación siempre estaría ligada a un desmesurado afecto por nuestro arte.

Ya en 1917, Toussaint empezaba a hacerse de un nombre en las letras mexicanas al lado de figuras como Antonio Castro Leal, Enrique González Martínez, Ramón López Velarde. Hay que recordar sus colaboraciones en revistas de la talla de *Nosotros* o *Pegaso*, escritos en los cuales se advertía esa devoción marcadora de su existencia. Algunas de sus iniciales impresiones y apreciaciones sobre el acervo colonial, provenían del acercamiento del joven literato a los monumentos de esas centurias. Antonio Toussaint, hermano de Manuel, relata la afición de la familia por recorrer los alrededores de México en busca de añosas construcciones y recuerda inolvidables visitas a sitios como Tepotzotlán.

No se trataba todavía de los famosos "Viajes alucinados" de Manuel Toussaint, no; estos recorridos eran el principio de sus andanzas de estudio y de constatación de conocimientos, de exploración de los valores sabidos o intuitivos que por doquier pueblan a México y que se incluyen en el vasto repertorio que abarca no sólo su arquitectura milenaria sino también su pintura, su escultura, en fin, todo aquello que integra el beneficio de una opulenta tradición. En sus memoranzas, Antonio señala:

. . . fue entonces [1917] cuando tropezábamos con monumentos como el convento del Carmen y sus ermitas. . . o la plateresca capilla abierta de Tlalmanalco, cuando se intensificó en él el interés por conocer su historia y definir sus características.



Manuel Toussaint, el historiador y crítico de arte provisto de aquel bagaje nutricional obtenido en archivos y bibliotecas, se acerca directamente a los monumentos y obras de arte, no importando su lejanía ni las dificultades para su acceso. Acepta cualquier medio de locomoción. Las incomodidades no son un obstáculo, el fin está sobre cualquier contratiempo o cualquier revés. El propio Toussaint relata aquellas peripecias:

Para ir a la Mixteca alta hay que apearse en la estación de Parián, como vamos camino de Oaxaca en el Ferrocarril Mexicano del Sur, y de allí internarse en aquel recóndito mundo. Yanhuitlán dista cuarenta y siete kilómetros de esta pobre estación, alrededor de la cual unas cuantas casas se apiñan.

DOMINGO 6 DE DICIEMBRE DE 1964

## Se Salva Otra Esquina de México

por Francisco de la Maza

Partimos a buena hora de la tarde, un aborigen de pura sangre me sirve de escudero y guía y yo, caballero de la arqueología andante en un rocín trasijado y sucio. . . Media hora de reposo para almorzar y fortalecer el cuerpo y el espíritu y de nuevo a caballo, aguijando con el tesón que deben haber sentido los conquistadores. Coixtlahuaca está al fondo de un valle tan estrecho como un barranco. . .

¡Ay, Huaquechula, cuántos tumbos me cuestas! Juro no volver a verte, si es que ahora puedo lograrlo, si un pedruzco de éstos, que tanto pavor nos causan, no logra paralizar nuestro coche! . . .

A cada transeúnte, a pie o en burro lo interrogamos ciudadanos: ¿Dónde está Huaquechula? . . . Por fin llegamos con hambre de arte y con hambre de viandas.

Cómo se revolvería Manuel Toussaint en su tumba de saber la acción criminal que contra Huaquechula (hoy día en 1989) realizaron una vez más la estulticia y "buena voluntad remozadoras", mismas que han modificado irreversiblemente la imagen que de la grandiosidad de aquel conjunto conventual franciscano dejó Manuel Toussaint al seleccionar Huaquechula para describirla en su preciado libro *Paseos coloniales*. Así, entre sacrificios y encantamientos, Manuel Toussaint enriqueció su saber e inició el necesario registro de los tesoros que encierra el suelo mexicano, soluzándose sobre todo en los hallazgos de la época virreinal.

Fue el primero de los modernos historiadores trashumanes. Del Toussaint andarín infatigable, uno de sus colaboradores, discípulo y amigo cercano, Francisco de la Maza, diría:

Escritor fecundo y variado, sin limitaciones, abierto a la cultura. Poeta y literato, crítico e historiador de ideas, de



INTERIORE DELLA CATEDRALE  
DI CIPRESSO

hechos, de detalles y de teorías; historiador de arte como cima y apogeo de sus desvelos y entusiasmos.

Fue el primer investigador viajero, —no de gabinete— no a la manera turística de Baxter sino a la manera científica de Humboldt. . .

¿Qué buscaba este peregrino al recorrer su patria? Buscaba mediante un análisis lo más completo posible, extraer de su acercamiento a la obra de arte, la intimidad de su entraña, su filiación cabal.

Pero el redescubrimiento del arte mexicano no podía ser obra de un solo hombre. Toussaint, este moderno caballero andante, necesitaba aglutinar a su alrededor un ejército bien pertrechado, integrado por sabios que como él reemprendieran la brega. Apercibidos del conocimiento a fondo de las obras de arte, de su integración con otras culturas, para poder difundir tal saber por medio de publicaciones o desde la cátedra y aún establecer la preeminencia de un quehacer sobrehumano y perentorio: la preservación de ese acervo cuya aprehensión se retomaba bajo las lentes de una mejor y más talentosa comprensión.

No cabe duda que las afinidades establecen cercanías, y que la unificación de los ideales estrecha aún más esas aproximaciones. Convencido de que los esfuerzos aislados no obtienen los resultados apetecidos, Toussaint pensaba, junto con otros amigos historiadores, en la mejor forma de establecerse como grupo, bajo el amparo de una institución fuerte que apadrinara sus faenas.

En 1934, estando en vías de consolidar tal proyecto, llega a la ciudad de México otro gran historiador y crítico de arte, el español Diego Angulo Íñiguez. El intercambio de ideas entre Toussaint y Angulo acelera esa acariciada intención del mexicano. Ahora todo estaba más claro, la meta sería un centro a semejanza del Laboratorio de Arte de Sevilla. Ante el acicate de su colega español, en diciembre de ese año Toussaint decidió presentar su plan al doctor Fernando Ocaranza, entonces rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. En su escrito, el historiador argumentaba:

La historia de nuestras artes plásticas está por hacerse. Ha habido estimables esfuerzos aislados pero falta un centro coordinador y autorizado. Éste puede y debe ser nuestra Universidad, centro máximo de cultura en el país. El laboratorio de arte cuya instalación solicitamos sería el centro formativo de los futuros historiadores del arte de México, los que tendrían en él la armazón necesaria para investigaciones de alto nivel académico.

El rector Ocaranza, a pesar de las dificultades por las cuales atravesaba la Universidad, entendió la trascendencia del proyecto que le exponía Manuel Toussaint y de inmediato accedió a la formación de tal centro. El Laboratorio de arte de México empezó a funcionar en febrero de 1935, a imagen y semejanza de su homólogo de Sevilla.

En el acta levantada en la sesión que dio inicio a las tareas del flamante laboratorio, se manifiesta en primer lugar que la investigación debería estar sustentada en rigurosos méto-

dos científicos y sus resultados se traducirían con el tiempo en publicaciones —de las que ahora podemos decir, de hermosa presentación y enjundiosa miga. La enseñanza, la crítica y la difusión del arte mexicano, se harían como estaba previsto, en la cátedra, en la conferencia, en los cursillos y llevando excursiones a los lugares poseedores de tesoros artísticos. Esta nueva dependencia de la Universidad, contaría con una biblioteca adecuada y un archivo de fotografías que apoyaran al estudioso en sus indagaciones. Manuel Toussaint reiteraba como objetivo primordial del laboratorio —convertido en 1936 en Instituto de Investigaciones Estéticas—, el de elevar nuestro arte al rango preponderante que debiera ocupar dentro del arte universal. Así Manuel Toussaint y sus primeros colaboradores sentaban las bases de lo que con el tiempo sería el baluarte más autorizado para la defensa de nuestro más preciado patrimonio.

Si la legislación no preveía justamente la defensa contra esos abusos, era necesario buscar el apoyo de la opinión pública; por lo tanto, la prensa periódica seguiría siendo el camino más viable para conseguir ese resguardo. Rafael García Granados, quien desde 1927 era colaborador del diario *Excelsior*, había aprendido que los insertos esporádicos en periódicos resultaban insuficientes frente a los constantes latrocinios; por ello, el 31 de octubre de 1938 inicia su muy leída y combativa columna “Nuestra ciudad”; desde ella y con denuesto, denunciaría y exigiría el respeto y la atención para lo nuestro. En “Nuestra ciudad”, repetiría hasta el cansancio: “La tradición es cultura que hace patria”.

Tornando a Manuel Toussaint, sus viajes continuaron dando excelentes frutos, a sus primeras monografías sobre Oaxaca (1926), Taxco (1931) y Pátzcuaro (1941), seguirían numerosos ensayos y extensas publicaciones, cuya lectura deja tanto en el estudioso como en el lector neófito, un sólido conocimiento de ciudades, pueblos, edificaciones, etcétera. En esos libros y gracias a la virtud descriptiva de sus líneas el crítico reivindica para México el culminante sentido del arte colonial enseñando a amarlo y defenderlo, tarea abordada por él mismo desde las citadas publicaciones hasta en la acción directa, la que avalada por su erudición, profesionalismo y seriedad, logró rescatar y devolver a varios monumentos su originaria apariencia.

Su hermano Antonio recuerda cuando Toussaint amenazó con renunciar a la dirección del Instituto de Investigaciones Estéticas, “si se llevaba a cabo el funesto proyecto de destruir la Plaza del Carmen, en San Ángel, con el fin de ampliar las vías de comunicación”. Pero el historiador no tuvo que cumplir su ultimatum y pudo proseguir en sus loables trabajos como dirigente de Investigaciones Estéticas en el Departamento de Monumentos Coloniales del Instituto Nacional de Antropología e Historia, desde donde, al decir de uno de sus aventajados discípulos, Gonzalo Obregón: “A los que trabajamos con él . . . el Departamento, nos inculcó la defensa de nuestro patrimonio monumental. . . Durante su gestión se salvaron multitud de casas”.

En 1936, el cambio del Laboratorio a Instituto de Investigaciones Estéticas, permitió la ampliación de la planta de investigadores: Justino Fernández, Francisco de la Maza, y ya

un poco más tarde Manuel Romero de Terreros, enriquecerían con su obra y presencia al Instituto por sólo mencionar a quienes con más arresto emprendieron el combate salvador de nuestra herencia.

Vale la pena el abrir aquí un paréntesis para indicar que las pautas para esa tarea fueron variadas y que en ocasiones hubo desacuerdos, mismos que trascendieron al conocimiento del público. Por ejemplo cuando se trató un asunto difícil, el decidir acerca de si debería o no conservarse en la Catedral de México el Ciprés neoclásico construido por el arquitecto español Lorenzo de la Hidalga (1850). Los criterios eran dos: uno, el estético, que pedía que el Ciprés se removiera de su lugar en Catedral para no obstruir la vista del espléndido Retablo de los Reyes, y el otro el histórico, que exigía la conservación del altar neoclásico.

Manuel Toussaint y Justino Fernández estarían en favor de la norma estética, mientras que Rafael García Granados y Manuel Romero de Terreros externarían su apoyo al valor histórico. García Granados en su ya dicha columna "Nuestra ciudad" (*Excelsior*, 9 de agosto de 1943) declara:

El Ciprés, a cuyo derredor hay cuatro mesas de altar, obra de D. Lorenzo de la Hidalga, de buenas proporciones y calidad, pero que no cuadra con el gusto contemporáneo, está ya desarmándose para desaparecer definitivamente, como desapareció otro Ciprés barroco —obra de Jerónimo de Balbás como el Altar de los Reyes— que se destruyó cuando su estilo no cuadraba con el gusto neoclásico de principios del siglo pasado. Hoy lamentamos aquella destrucción. ¿No harán otro tanto las generaciones de mañana?

Entre los fines que se persiguen con la desaparición del Ciprés figura en primer término el de que no tape el Altar de los Reyes. No sería remoto que el Sr. De la Hidalga haya buscado precisamente taparlo. En su lugar se piensa colocar sólo una mesa de altar. . .

Romero de Terreros, sin discutir el valor estético del Ciprés, pide en el artículo "El Ciprés de la Catedral" (*Excelsior*, 17 de agosto de 1943) que éste se conserve, porque representa una época y un gusto diferente en el devenir de la historia del arte mexicano:

Se arguye, principalmente, que el altar mayor que erigió De la Hidalga en la Catedral Metropolitana es feo y que obstruye la vista de los Reyes, joya incomparable del estilo churrigüesco. . .

El Ciprés de Lorenzo de la Hidalga tiene un siglo de haberse construido, cuatro o cinco generaciones han orado ante él y ya forma parte de la tradición de Catedral. Debe respetarse pues esa tradición. . . somos amantes de la tradición y nos duele en el alma ver que cada día va borrándose más y más lo que constituye tradición entre nosotros. Por eso no hemos podido resistir la tentación de escribir estas líneas, aunque sabemos de antemano que nuestra voz será la del que clama en el desierto.

En efecto, prevaleció el criterio estético y el Ciprés fue demo-

lido ese año y algunas de sus imágenes se distribuyeron en las capillas de la misma Catedral.

Justino Fernández y Francisco de la Maza tendrían actuaciones diferentes, pero ambas decisivas para propugnar por el bienestar de nuestro legado. El primero procedió primordialmente como el asesor artístico de gran calidad y fue la persona más adecuada para aconsejar en todo aquello que estuviera relacionado con el incremento, conservación, restauración y respeto a nuestro acervo histórico y artístico.

Las asesorías que constantemente se le solicitaron fueron de temas muy diversos: sobre autenticidad de pinturas; importancia y valor de exposiciones artísticas que se deseaba enviar al extranjero; restablecimiento, construcción, dotación y arreglo de museos; mejoras materiales tanto de la ciudad

## NUESTRA CIUDAD

*La tradición es cultura que hace patria.—El respeto de otros pueblos a la tradición.—La tradición mexicana y la Villa de Guadalupe.*

Por Rafael GARCÍA GRANADOS

de México como de la provincia y, por supuesto, restauración y salvaguarda de monumentos. Existe constancia de cómo a todas esas consultas Justino Fernández respondió con juicios certeros y honrados. La importancia de los medios masivos de comunicación en la labor de defensa no fue soslayada por el crítico y la prensa acogió sus fundamentados dictámenes. A él se debe el rescate y la acertada reparación de la sillería del convento de San Agustín, que ahora adorna el salón "El Generalito" en la Antigua Escuela Nacional Preparatoria, antiguo Colegio de San Ildefonso. Edificio que también debe a los conocimientos y atención de Justino Fernández su restablecimiento arquitectónico y las iniciales restauraciones de las pinturas murales que alberga, sobre todo los frescos de Orozco.

El crítico comunica gustoso a las autoridades universitarias los buenos resultados de esas tareas:

La conclusión a que se llega, si se pone en juego la imaginación, es que el patio grande de la Escuela Preparatoria de San Ildefonso, restaurado, así como las pinturas murales de Orozco junto con el interior de "El Generalito", resultan una concentración de obras de arte de primera magnitud, magnífico legado cultural espiritual de varias épocas que las generaciones futuras deben conservar. Por ahora las obras realizadas deben ser un timbre de orgullo para las actuales autoridades universitarias y de la Escuela, pues eran urgentes y la atención que se ha dado es digna de encomio. En el futuro se tendrá que atender también al mejoramiento de la biblioteca.

Por supuesto que Justino Fernández no olvidaría la biblioteca y el mural de Diego Rivera en el Anfiteatro Bolívar.

El interés de Fernández rebasó los límites del perímetro universitario y dentro de la defensa del patrimonio artístico

de México el rescate de los monumentos coloniales no le fue ajeno; con sus oportunas intervenciones logró que se salvaran algunos de ellos. En 1959 dio la batalla por la iglesia poblana de San Pablo de los Frailes y en 1960 se opuso a la ampliación de la calle de Tacuba. En la revista *Mañana* el 10 de febrero se asienta su oposición a que esa calle y con ella el centro de la ciudad perdieran su fisonomía so pretexto de los problemas del tránsito vehicular. Poco después en un artículo titulado “Urbanismo culto vs barbarie funcional”, describiría su idílica imagen de lo que debiera ser el centro de la capital:

Puede uno imaginar ese núcleo antiguo con sus monumentos históricos y artísticos restaurados —y no sólo los coloniales sino los del siglo XIX— con la mala arquitectura vieja sustituida por otra moderna pero que armonice en alturas y materiales con la antigua, sin letreros que afeen las calles y avenidas; con alumbrado que haga lucir los monumentos; con ciertas calles para peatones exclusivamente; en fin, con la limpieza y vigilancia necesarias. México daría así un ejemplo de cómo se puede conservar una ciudad antigua ligándola a su desarrollo moderno; sería un proyecto con grandeza y digno de aplauso.

Los vastos conocimientos de Justino Fernández no sólo del arte mexicano, sino del arte universal, su fama como crítico de arte, lo atinado de sus juicios, le dieron notoriedad internacional y desde el extranjero se le solicitó ayuda y consejo. En 1961 la entonces Asociación Antropológica de Guatemala demandó la colaboración del crítico mexicano cuando se pretendió reconstruir algunas de las más notables ruinas de Antigua, declarada monumento nacional desde 1944:

. . . Sabedores de su interés por la historia del arte hispanoamericano, no dudamos que le preocupará profundamente conocer acerca de los incesantes atentados que frecuentemente padecen nuestros monumentos históricos y artísticos. . . Nuestra decisión nació como consecuencia de un atentatorio proyecto de reconstrucción de las notables ruinas del templo de San Francisco en Antigua Guatemala, el cual, de realizarse, daría término a una de las ruinas más características de la antigua metrópoli centroamericana, a la vez que marcaría indudablemente, la iniciación de parecidos proyectos en el resto de dicha ciudad. Como parte de una campaña en defensa de dichos monumentos, nuestra entidad ha pensado que el solicitar la opinión de personas cuya devoción y conocimiento sean reconocidos por su autoridad en historia del arte hispanoamericano, ayudaría grandemente a detener este proceso destructivo a la vez que nos proporcionaría valioso apoyo moral. . .

La respuesta de adhesión de Justino Fernández a la Sociedad Antropológica no se hizo esperar:

Quedé enterado —dice— del proyecto para reconstruir las ruinas del Templo de San Francisco en Antigua Guatemala y no puedo menos de lamentar el peligro que existe



Dr. Francisco de la Maza

de que se pierdan los valiosos vestigios de un pasado colonial que a todos nos interesa conservar. No sólo en este caso hay que hacer lo posible porque se conserve un monumento antiguo sino que en general es necesario evitar reconstrucciones en Antigua Guatemala, ya que con tan buen sentido fue declarada Monumento Nacional.

Tarea interminable sería el querer mencionar las intervenciones y opiniones que emitió Justino Fernández a lo largo de su vida y no es ésta la finalidad del presente trabajo, en el que lo único que se pretende es dejar constancia de esa faceta inapreciable de su actividad que tan buenos frutos cosechó para nuestro legado cultural y que Justino Fernández, por su natural modestia, jamás mencionó.

Asimismo es casi imposible el siquiera tratar de reseñar someramente los empeños de Francisco de la Maza como paladín del acervo artístico y cultural de México. La magnitud de su tarea queda resumida en el título de “Francisco el batallador” que le otorgara Jorge Alberto Manrique, epíteto bien ganado, pues De la Maza fue el campeón más decidido, más esforzado, más denodado que ha tenido la obra de arte. Por fortuna Clementina Díaz y de Ovando ha recogido de manera justa y compendiada —en su artículo “Francisco de la Maza, defensor del arte”— la esencia, el imperio que movió a Francisco de la Maza para llevar a cabo algunas de sus más contumaces contiendas.

Al igual que sus antecesores, el historiador y crítico de arte consideró la difusión y conocimiento de la trascendencia de nuestro arte como la mejor manera de defenderlo. Así, en su copiosísima bibliografía dio a conocer: conventos, capillas abiertas, retablos, pinturas, etcétera, resaltando en sus trabajos la historia de los monumentos de muchos sitios de la República, hablando de sus transformaciones y de su deterioro y del abandono en el que la indolencia actual ha dejado a muchos de ellos y a ciudades completas; no perdiendo oportunidad de orgullosamente hacer notar que todavía existían conjuntos monumentales ante los que se establecía la exigencia de permanecer alerta, tal el caso de la ciudad de Guanajuato, de la que expresa: ¡Dios siga guardando tu humilde, pero auténtica belleza propia, vieja y barroca, ciudad de Guanajuato! (*Novedades*, México en la cultura, 15 de mayo de 1953.)

La cátedra, las conferencias, las excursiones, las explicaciones *in situ*, fueron algunos de los procedimientos utilizados por De la Maza en su loable quehacer, y también es bueno decirlo, la charla cotidiana con sus colegas, no sólo del Instituto de Investigaciones Estéticas sino también con los del Instituto de Antropología e Historia, en el que actuaba como representante de la Universidad Nacional Autónoma de México ante la Comisión de Monumentos Coloniales. Mas para Francisco de la Maza, al igual que para sus homólogos ya nombrados, el medio principal en su constante contienda lo fue la prensa periódica.

De la Maza, hombre libre, sin ataduras políticas ni ligas de camarilla, gritó las verdades sin tapujos ni miramientos. Sus protestas, avaladas por un profundo conocimiento del arte y una reconocida probidad moral, no sólo recibieron buena acogida en los principales diarios de la capital de la República, sino también en los periódicos de la provincia.

El crítico, de espíritu alegre y por puro divertimento utilizó en sus escritos los seudónimos: "Efe de la Eme" o "José de la Cuadra". En esos artículos periodísticos —muchos de ellos bajo el encabezado de "Por el ojo de la aguja"— se advierte un lenguaje agresivo, impetuoso y el empleo de detonantes y agudas adjetivaciones, discurso con el que señaló con índice de fuego latrocinios cometidos o a punto de cometerse. Sus valerosos y no comprometidos juicios, nunca hechos a la ligera y amparados siempre en la verdad íntegra no perdonaron a nadie, las cabezas que debían rodar cayeron, y siempre en defensa de la obra de arte estuvo por encima de amistades y componendas. Cabe aclarar que cuando la lucha exigía una más vigorosa exposición firmó con su nombre de pila esos escritos. De ese modo interesó, movió y conmovió a la conciencia pública.

En "Por el ojo de la aguja" De la Maza oteó desastres, mismos que alguna vez logró impedir; manifestó además su inquietud por la carencia de leyes adecuadas de protección para nuestro todavía magnífico acervo. Atendió y repudió toda clase de contaminaciones visuales, entre otras el cambio del pavimento de piedra en la ciudad de San Luis Potosí por otro de cemento; estuvo en contra de los anuncios comerciales, no sólo de los que atentaban directamente en contra de los edificios de calidad al ser colocados en ellos sin ningún respe-

to, también protestó por aquellos de pésimo gusto y muy ostensibles en los transportes urbanos. Tuvo muchas veces en la mira a la ciudad de Puebla para atender a cualquier desahogado en tan relevante ciudad que reúne variadas y múltiples obras artísticas. La mayoría de estas colaboraciones periodísticas en este rubro en el periódico *Novedades* dieron por resultado resonados triunfos y de ellos sólo quiero destacar la salvación de las pinturas de la Casa del Dean, precisamente en la ciudad de Puebla, único mural de carácter civil del siglo XVI que queda en México y en el que están representados los "Triunfos de amor de Petrarca". Viene a cuento recordar que en América sólo existe otro mural con el mismo carácter en la ciudad de Tunja, en Colombia.

Victoriosa fue además su gestión en la ciudad de Zacatecas, donde resultó decisiva su intervención en el rescate del templo de San Agustín y de la Catedral. Federico Sescosse, zacatecano distinguido y también preclaro y constante defensor de su ciudad relata que Francisco de la Maza logró capturar el interés del pueblo zacatecano, principalmente de quienes deberían decidir la restauración del citado templo de San Agustín, gracias a una serie de conferencias. De la Maza siguió paso a paso las restauraciones de Zacatecas, su precaria salud le impediría regresar, pero desde su lecho de enfermo se preocupó que se hiciera el registro de lo restaurado y las memorias de esa acción. El "Argos vigilante" no cejó en su postura firme e inmovible, su enfermedad no le impidió continuar dando la voz de alarma.

Mencionar a Manuel G. Revilla, José Juan Tablada, Manuel Toussaint, Rafael García Granados, Manuel Romero de Terreros, Justino Fernández, Francisco de la Maza y Felipe García Beraza, así como las aportaciones de reporteros anónimos en periódicos y revistas, no implica de ninguna manera dejar de reconocer una buena pléyade de investigadores, de profesores, de intelectuales que unidos todos en el amplio sentido de conservar nuestro patrimonio existen y existirán siempre en nuestro ambiente cultural. Destaco asimismo la labor prestigiosa que el Instituto de Investigaciones Estéticas lleva a cabo en este terreno, señalado ya, en cuanto que uno de sus objetivos principales es cumplir con la tarea de colaborar en la protección de todo nuestro arte ya sea del pasado o del presente.

Esta apretada síntesis de las polémicas de los protagonistas que velaron para salvar las verdaderas riquezas de nuestro país deja fuera por supuesto el drama que cada uno de ellos tuvo que haber vivido, las desesperaciones y las angustias de una lucha contra el saqueo, la destrucción, el negocio, la falta de sensibilidad y por qué no, la corrupción. Aquí radica quizá ese nuevo concepto de la heroicidad de estos personajes, un minúsculo pero grandioso ejército que entabla la batalla contra conciencias, en su afán de restaurar al hombre en la tradición, de espiritualizar la historia como un concepto de la vida misma, como una santificación de que el pasado alimenta la ética de la humanidad, que la presencia antigua del barro, de la piedra, del metal, colaboran a arquitecturar la vida entera de una nación. Hombres que han hecho de la necesidad un positivo valor, de la tozudez un acto heroico, del gesto combatiente un patriotismo. ◇